

Revistas en la mesa de disecciones

Luigi Amara

De acuerdo con el poeta, ensayista y editor de revistas inolvidables como Paréntesis y Pauta, las revistas tienen la obligación de crear lo inesperado: "Cuando se desliza tersamente sobre su monorraíl aceitado, es momento de recomenzar la revista desde cero". Al filo de una nueva época en nuestra Revista, esta colección de provocadoras disecciones nos animan a dar el salto.

Una revista literaria debe sortear el extraño equilibrio de abrazar, por un lado, ambiciones estéticas desmedidas y, por el otro, aceptar que no se trata sino de un legajo más, con el que el lector no dudará en aplastar una mosca.

Tal vez acomplejadas por carecer de tapa dura y de lomo, hay revistas que adoptan el acartonamiento como programa estético.

Como una estaca que se planta frente a una literatura para desafiarla, o como una esclusa que pretende cambiar el curso de la tradición, así se levanta una reunión de papeles sueltos, muchas veces inconexos y discordantes, unidos por un par de grapas heroicas.

La sala de espera del dentista es el lugar ideal para las revistas literarias: es allí donde, en ejemplares manoseados de hace veinte o treinta años, es posible alcanzar algo parecido a la posteridad.

El empeño por dejar el presente fuera de los márgenes de una revista suele ser una debilidad por el pasado y no una apuesta por el futuro.

Muchas revistas-torre-de-marfil, aquellas que se desmarcan de la actualidad política y proclaman su asepsia y distancia frente a la coyuntura y el fango circundante, se han sostenido gracias a prácticas caciquiles y corruptas, presupuestos inflados, tráfico de influencias...

En todo proyecto de revista literaria hay un impulso lunático, que se potencia y sale de órbita mientras escucha más y más llamados "a poner los pies en la tierra".

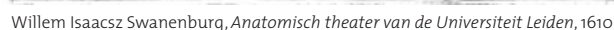
La concepción está clara, el formato ya decidido, la portada, reluciente. Hay siete versiones del editorial del primer número a manera de manifiesto. Lo único que falta es el mecenas.

Antes eran los vanguardistas quienes se reunían alrededor de las revistas. Ahora son los nostálgicos.

En cuanto espacio múltiple, promiscuo y variopinto, en el que conviven materiales de la más diversa procedencia, la revista es una anticipación de la estética del *collage*. No por nada son también su principal mina de oro.

La breve y muchas veces inopinada conjunción de autores que propone una revista es comparada con la alineación de jugadores que saltan a la cancha. La gran

Por lo indócil y atípico de su formato, las revistas nunca encajan del todo en los estantes de los libros. Es como si ellas mismas flaquearan ante la idea misma de perdurar.



Hay revistas sin espesor, sin profundidad, sin eco, que ni siquiera al formar con ellas un cucurucho como altavoz consiguen la menor resonancia.

Las revistas puntuales y serias, que aparecen sin falta cada primero de mes en los kioscos, suelen tener números más flojos e inspirar más desconfianza que sus hermanas erráticas e inconstantes, aquellas cuya aparición se parece a la de un cometa o un milagro.

Lo esporádico de ciertas revistas podría estar relacionado con su vocación de espora: al igual que los hongos, fungen como dispositivos de diseminación.

Pocas cosas más anticlimáticas que participar en una polémica de revista: las reacciones serán, como siempre, impremeditadas; la sintaxis exudará, para variar, altas temperaturas y los argumentos no dejarán de ser *ad hominem*, pero las respuestas demorarán en publicarse todo un mes.

Revistas que empiezan como centro de experimentación creativa y se endurecen y anquilosan hasta transformarse en el pedestal de sus propias renunciaciones.

Siempre que una revista literaria publica el árbol genealógico de las revistas literarias, se presenta a sí misma como parte del tronco principal.

Lo que hay de “literario” en una revista a veces es sólo su adscripción al circuito de la literatura, su aspiración a formar parte de ese mundillo y perpetuarlo.

Hay revistas de un único autor (como las pioneras de Steele y Addison, o las animadas por el doctor Johnson), pero también revistas de *tlatoani*. En las primeras, todos los textos salen de la misma pluma, aunque se inventen nombres y adjudicaciones que los firman; en las segundas, todos los textos salen de diferentes plumas, pero buscan por igual complacer al jefe máximo.

El director de revista que solicita a sus colaboradores textos asfixiantes de tan específicos, para los que ya tiene decidido el título, el ángulo de enfoque y el número de caracteres, seguramente fue, en su vida anterior, titiritero.

Revistas que pregonan la libertad, la discusión, la pluralidad, ¡incluso la fraternidad!, pero miran invariablemente hacia abajo desde la cima autoasignada de su pirámide.

Entre los oficios secretos que han fomentado las revistas literarias, destaca el de gatillero a sueldo, oficio ruín y oscuro ante el que palidece el de negro literario: un crítico golpeador, de inelegancia porril, lacayo y furibundo, que escribe con la bilis y veneno de su *capo*.

En una revista, lo que se lee entre líneas no fue escrito por nadie, pero uno juraría que está firmado por La Redacción.

Una revista longeva permite presenciar el penoso espectáculo conocido como “recule en manada”: un autor largamente denostado, marginado e invisibili-



Cornelis Anthonisz, *La caída de la torre de Babel*, 1547

zado por el consejo editorial, alcanza la estatura de clásico y entonces amanece un día como su gran e indiscutido tótem de portada.

Hay críticos que fantasean con la idea de aplastar con el dedo pulgar a un autor-hormiga, y entregan como colaboración la mancha resultante.

No falta quien entiende “lo literario” de una revista como esa lengua larga y húmeda que lleva frescor a las suelas de los poderosos.

Treinta, cuarenta años después, descubrimos que las revistas que apresaron el espíritu de una época son precisamente las que no se lo propusieron.

Una colección de revistas viejas puede ser una caja de sorpresas o una tumba. No es raro que, con entusiasmo pueril, profanemos el interior de sus hojas quebradizas sólo para mancharnos los dedos de polvo y el ánimo de ceniza.

La iniciativa de publicar facsímiles de revistas inencontrables o caídas en el olvido —en México se han republicado decenas de colecciones, sobre todo de las aparecidas entre 1900 y 1950—, contrasta con la manipulación del archivo digital de algunas revistas vivas, que ocultan o hacen perdidosos materiales de los que, ay, muchos nos acordamos...

El sonido inconfundible de dar vuelta a la hoja bien podría ser sustituido en las revistas digitales por un lacónico “bah”.

Quienes más afecto sienten por las revistas, quienes suelen conservarlas durante más tiempo y ponderarlas con deleite incomparable, son aquellos que gustan de abrir las puertas de la percepción: adictos a la mariguana o la cocaína que, gracias a sus portadas resbaladizas y lustrosas, atesoran ejemplares para preparar nuevas dosis. **U**